

**EL SENTIMIENTO DE MEXICANIDAD Y NUESTRA  
INDEPENDENCIA DE ESPAÑA**

La unidad de la especie humana es innegable, es incontrovertible, diferencias aparentes separan a los grupos humanos, desigualdades éstas normadas por el género de vida, usos, costumbres y el influjo del medio físico.

En las clases sociales de la Nueva España, tres grupos raciales sirvieron de base para la formación de nuestro pueblo: blancos, indios y negros, y así nuestra historia forzosamente deberá tener como base el hispano-americanismo, porque de lo contrario caeríamos manifiestamente en la unilateralidad hacia las razas aborígenes o hacia los intereses de los conquistadores y dominadores españoles, y así entre nuestros rabiosos indigenistas se desborda a torrentes la pasión, lo que sucede también y en no menor grado con la hispanofilia que todo lo acepta a su favor sin juicio crítico o con juicio deliberadamente torcido y parcial.

Que España contribuyó a la formación de nuestra nacionalidad mexicana, es evidente. ¿Quién si no ella nos legó el idioma, la religión, las artes, ciertos rasgos de nuestro temperamento y su cruza racial? Mas ya nosotros tenemos cimientos de cultura, rudimentaria si se quiere, pero que serviría de base y sustentación para aunar su calidad a lo aportado por España, y así se formó lo mexicano, lo eminentemente nuestro, distinto a lo español y a lo indio, distinción que constituye el sello de nuestra nacionalidad. De ahí el que considere ridículo hablar de hispanismo o de indigenismo, pues eso conduce al sectarismo, a la obcecación y ni lo uno ni lo otro, somos mexicanos, fusión de dos razas y de dos culturas, con sello peculiar de nación propia en la que al acervo colonial hispano que nos dió los elementos constitutivos de nuestra mexicanidad, basada

en la tradición espiritual hispana, hay que agregar el sello propio nuestro, la mexicanidad resultada del mestizaje racial, religioso y cultural, sin que por eso le concedamos ni al hispano ni al indio una influencia decisiva en él; mas, sin embargo, en último caso no podremos negar que en nuestro pueblo existen marcadas supervivencias prehispánicas en las lenguas vernáculas que perduran a través de los siglos y de sus vicisitudes y que han ejercido su influencia en el idioma castellano creando no pocas voces aceptadas ya en la lengua de Cervantes, y en los ritos, supersticiones y prácticas religiosas, pues entre nuestros indios persisten sus dioses, sus supersticiones aun perduran y sus danzas y ofrendas, infiltradas ya en el catolicismo, son un fiel trasunto de las de antaño.

De las clases sociales que en Nueva España sirvieron para la formación de nuestro pueblo, los nacidos en España, los peninsulares, constituían la clase privilegiada en cuyas manos estaba la iglesia, el gobierno, el comercio, las raquílicas industrias, las minas y las haciendas, y de la que, con el transcurso del tiempo, surgiría la división de peninsulares españoles y la de criollos o americanos, clase esta última intermedia entre los indios y los españoles y que estaba llamada a desempeñar en el futuro importantísimo papel que iniciaría la idea de la igualdad y acabaría por preparar y consumir nuestra independencia; seguían los indios, clase conquistada, humillada y explotada, en principios tratada peor que esclavos, pero que después mejoraron si no en condición, cuando menos en trato y que hallaron en Zumárraga, Vasco de Quiroga, Martín de Valencia, Pedro de Gante, Domingo de Betanzos y frañ Bartolomé de las Casas, defensores decididos, y, en fin, los negros, esclavos destinados a las minas y a los ingenios.

De la mezcla de estas razas salieron las castas, reputadas entonces de infamantes por carecer de la llamada limpieza de sangre, y de estas castas, la mestiza, mezcla de sangre española e indígena, nace nuestro pueblo mexicano, pue-

blo nuevo distinto de sus progenitores, pero que tiene de ellos todos sus defectos y todas sus virtudes.

Grande fué el progreso intelectual de la colonia durante la segunda mitad del siglo XVII, en el que las cátedras de la Real y Pontificia Universidad de México, los Seminarios Tridentinos y los colegios de los jesuitas fueron semilleros de hombres ilustres, las publicaciones de índole geográfica, económica y estadística comenzaron a aparecer con Enrico Martínez en 1606, al que siguieron Juan Diez de la Calle, Juan de Torquemada, Juan Antonio Villaseñor y otros, hasta que el sentimiento de mexicanidad empieza a dar a conocer sus primeras manifestaciones con Sor Juana Inés de la Cruz y D. Carlos de Sigüenza y Góngora, ingenios singulares que con sus luminosos escritos comenzaron a reemplazar las antiguas preocupaciones religiosas con los principios científicos.

Al demarcarse claramente la decadencia de la monarquía española con Felipe IV y la sublevación de Portugal, "por esa época —nos dice Riva Palacio— habíase formado ya en la Nueva España una clase numerosa de criollos, mestizos y mulatos, que a su carácter inquieto y al deseo de la independencia, agregaban, para ser turbulentos y osados, la propicia ocasión que les presentaban los disgustos y choques más o menos escandalosos entre los virreyes y los arzobispos, entre los obispos y los frailes y entre los Tribunales Reales y el del Santo Oficio; de aquí iba naciendo en el espíritu del pueblo el poco aprecio, tanto a la autoridad civil como a la eclesiástica, el deseo de la independencia y la falta de fe religiosa....."

Además de esto, la innegable y honda revolución moral causada en Nueva España por la canonización de Felipe Casaus, conocido en el santoral por San Felipe de Jesús, en virtud de declaración del papa Urbano VIII en 1627, y la petición para ella del Beato Bartolomé Gutiérrez, ambos mexicanos por nacimiento, dieron al traste con lo de-

clarado y observado por las órdenes religiosas de franciscanos y dominicos que sostenían la inferioridad de los hombres nacidos en Nueva España y excluían a indios, mestizos y aun a los criollos de recibir las órdenes sagradas al no considerarlos perfectos para el sacerdocio.

Así fué como esta sociedad colonial heterogénea, comenzó a tener el concepto de su personalidad y a comprender los derechos que le asistían para hacerse autónoma, fortalecida en el siglo XVIII por las enseñanzas de Clavijero, Díaz de Gamarra y Dávalos, Alzate y Bartolache.

La Compañía de Jesús llegó a ser en Nueva España una organización que contribuyó al desarrollo intelectual y moral de los mexicanos, impulsó los estudios científicos y dió pábulo a las doctrinas de la "modernidad", novedosas y que preocuparon en Nueva España y algo en España por romper la tradición europea del medioevo, con lo que se contribuyó a formar una conciencia autonomista de propia y recia personalidad, germen que después surgiría con el anhelo de independencia de la metrópoli.

Las reformas de diversa índole que en Nueva España introdujo el Visitador D. José de Gálvez, tendieron principalmente al aumento de las rentas reales, y si bien fueron implantadas, esto produjo en todo el país un marcado deseo de protesta contra lo que sobre él se hacía pesar, resumido en estas frases: "los españoles no nos dejan tomar parte en el gobierno de nuestro país y se llevan todo nuestro dinero a España".

La emancipación de las colonias inglesas de América, reconocida por Carlos III sin medir las consecuencias políticas de tal paso, sirvió de ejemplo a los mexicanos, pues a las especiales condiciones que prevalecían en Nueva España, territorio extenso en el que de sus ocho millones de habitantes un corto número era de españoles peninsulares adueñados de todo y separada de la metrópoli por enorme

distancia, había que sumar el conocimiento de las doctrinas enciclopedistas, convertidas en principios políticos por la revolución francesa, todo lo cual exaltó los ánimos de los criollos americanos y de los mestizos y les hizo sentir la necesidad de independerse del absolutismo de los monarcas españoles.

Fué en 1799 cuando el canónigo D. Manuel Abad y Queipo redactó la notable representación en la que pintaba el triste estado en que se encontraban las clases sociales de Nueva España: desigualdad económica aplastante: los españoles lo poseían todo, los mestizos y los indios, nada; en lo moral los indios se hallaban en el abatimiento, en la degradación, aislados del trato de las gentes, confinados en míseros pueblos sin vías de comunicación, explotados y escarnecidos; las castas sin posibilidades de redención, y el odio y la división entre criollos y españoles, cuadro ensombrecido aun más por el decreto de 26 de diciembre de 1804 por el que se mandaban enajenar los bienes raíces y capitales de obras pías para remitirlos a España, lo que sembró un profundo malestar en la colonia.

La guerra de España con Inglaterra obligó al virrey Iturrigaray a armar a los mexicanos, con lo que surgió la clase militar, que arrogante exigió privilegios, a su vez que los acantonamientos de Jalapa, la brillante oficialidad de estas tropas, las maniobras militares y el aparato desplegado de fuerzas, incentivos fueron en no pocos oficiales para valerse de su poderío y llevar a cabo la idea de emancipación.

A la invasión de España por las fuerzas napoleónicas sucedió el levantamiento unánime del pueblo español y la creación de Juntas que se decían representar al rey, lo que hacía más difusa y complicada la situación de España.

En Nueva España cayó Iturrigaray a los golpes ciertos de la Audiencia, con lo que mermó en principio la auto-

ridad moral del virreinato y exacerbó a los mexicanos, quienes se entregaron a la conspiración como único medio para emanciparse.

Y así en 1809 se descubrió la conspiración de Morelia de fray Vicente de Santa María, García Obeso y Michelena, y en 1810 la fraguada en la bella y señorial ciudad de Querétaro por Hidalgo, Allende, Aldama y Doña Josefa Ortiz de Domínguez, en la que descollaba Hidalgo, eclesiástico que había recibido esmerada educación literaria y teológica, desempeñaba el buen curato de Dolores y era muy dado a la lectura de todo lo nuevo, aun cuando fueran libros prohibidos; pero lo más importante es que interpretaba lo mexicano, lo leía en el mismo pueblo al observar sus vejaciones, sus pobrezas y sus exacciones, y de ahí el que pretendiera mejorar la condición de sus feligreses indígenas con el fomento de las industrias alfarera, vinícola y sericícola.

Mientras tanto los sucesos de España mantenían en tensión los ánimos, exasperados por las extracciones casi constantes de caudales, en tanto que la Regencia justificaba plenamente con su proclama nuestro movimiento emancipador: "Desde este momento os veis elevados a la dignidad de hombres libres, españoles-americanos; no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder: mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia".

Así nació la mexicanidad y la independencia de nuestro pueblo mexicano.

**Manuel B. Trens.**